

WALDEN POND

En tierra de ángeles

Jorge de Barnola

JORGE DE BARNOLA

WALDEN POND

EN TIERRA DE

ÁNGELES

ONYX
EDITORIAL

Primera edición.

Walden Pond. En tierra de ángeles.

© 2018, Jorge de Barnola.

© Onyx Editorial

www.onyxeditorial.com

© Diseño de portada: Adria Voltà

© Maquetación y contraportada: Munyx Design

© Corrección: María José Pérez

ISBN: 978-84-949239-6-8

Depósito legal: DL T 1612-2018

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

*Para María,
sin cuyas alas esta historia
no habría echado a volar.*

*(...) ahora sé lo que ningún ángel sabe.
El cielo sobre Berlín, Wim Wenders*

*Todas nuestras aguas de Concord se reducen finalmente a dos colores:
uno visto desde la distancia y el otro, más preciso, desde cerca.
Walden o la vida en los bosques, Henry David Thoreau*



PRÓLOGO

A veces adoptaba la forma de un pájaro, volando raso sobre la cabeza de Billy. Otras veces era la sombra que este proyectaba, o una gota de lluvia resbalando por su mentón, o incluso las palabras llenas de ternura que le había dedicado su madre cuando Billy era pequeño. Pero hacía tiempo que en la vida de su protegido el cariño había quedado arrinconado en lo más hondo de un baúl que nadie quería volver a abrir. Su madre había perdido el instinto maternal, y el entorno del muchacho no era el más propicio para las muestras de afecto.

En ocasiones le había insuflado valor en la forma de un perro que se le acercaba cuando estaba sentado en las escaleras de la caravana en la que vivía, aunque ya había comprobado que la reacción de Billy solía ser agresiva. Los dieciocho años eran una edad difícil, y el nuevo novio de su madre, un tipo que había pasado varios años en la prisión de *Marshfield* por atraco a mano armada y posesión de estupefacientes, menoscababa constantemente la seguridad en sí mismo. No le había puesto la mano encima, pero su sola presencia, los comentarios despectivos o cómo manejaba a su antojo a su madre, era más que suficiente para que Billy sintiera que el mundo se le caía encima. Y para colmo, su madre estaba borracha un día sí y otro también.

A veces se le había acercado a Billy con apariencia humana, durante unos segundos, como un anciano pidiéndole ayuda para cru-

zar un paso de cebra o como un mendigo apostado en una esquina con un mensaje sugerente colgando de su cuello: *Elige bien tu camino si no te quieres extraviar* o *No te dejes llevar por la tristeza; si sonríes, te sonreirán*. Por lo general, Billy no hacía el menor caso, pero en alguna ocasión sí que se había quedado mirando con curiosidad, como si reflexionara sobre aquellas palabras escritas en un cartón.

Tampoco era bueno manifestarse en exceso con aspecto humano. Siempre había consecuencias.

Incluso adoptar la forma de cualquier animal, ya fuera un perro, un pájaro o un simple insecto, traía algún tipo de emoción que los ángeles debían rechazar de inmediato. Su misión en la Tierra era demasiado importante como para permitir que unos sentimientos tan frágiles y tan básicos pudieran afectarles para el desarrollo de la misma.

Por eso no abusaban de la *metoikesis*, la transmigración o el traslado de morada en morada de su propio espíritu. Permanecían residuos, impresiones de una vida inferior a la que todavía le quedaba un largo camino que recorrer para alcanzar la espiritualidad necesaria que le acercara al Creador. Ese había sido el plan acordado: que la humanidad fuera aprendiendo de sus errores, que fuera escalando en la esfera celestial, lento pero seguro. Y en ese ascenso intervenían tanto principados, como arcángeles y ángeles, moviendo, en la medida de sus posibilidades, los hilos para que la humanidad no se desviara de los designios del Creador.

Un ángel no solía estar más de un minuto del plano temporal humano con la apariencia de algo o alguien vivo.

El ángel custodio de Billy ya había tenido una mala experiencia unos cuantos siglos atrás, cuando había pretendido ayudar a Noah Waldburg, un zapatero remendón de Zichem, en el Brabante flamenco. Era una época terrible. La población estaba sin alimento, la peste bubónica asolaba Europa y se contaban por millones los muertos, y si esto no fuera suficiente, los hombres se mataban en nombre de Dios. Los Países Bajos se habían levantado defendiendo los principios del protestantismo, y los católicos estaban arrasando todas las ciudades que se oponían a su control. Y en esas circunstan-

cias, el ángel había querido ir más allá: sacar personalmente a Noah de la villa asediada de Zichem.

Había aparecido frente a su puesto de zapatero, señalándole la grupa de la cabalgadura que montaba.

—¡Sube! ¡Rápido!

Noah se quedó mirando al extraño jinete. Escupió al suelo y siguió con sus cueros y sus clavos, arreglando las suelas de unas chinelas. El ángel se quedó desconcertado, intentando controlar al caballo que estaba muy nervioso y piafaba golpeando con fuerza los cascos delanteros contra el pavimento. Detrás, las murallas de Zichem se iban deshaciendo por los cañonazos del ejército del duque de Alba. La gente gritaba horrorizada corriendo de un lugar a otro. Llamas de fuego surcaban el cielo y se estrellaban sobre los tejados de las casas. En pocos minutos todo quedaría consumido en cenizas y la sangre correría por las calles.

El ángel se puso a temblar. Pensó en aquella maldad, en cómo Luzbel y sus fuerzas siempre estaban acechando para que el hombre diera pasos atrás en su evolución espiritual. Pensó en el Apocalipsis, en aquella batalla futura que libraría el Bien contra el Mal, la última batalla de una guerra ya demasiado larga y que a veces parecía eterna.

El ángel comenzó a percibir nuevas sensaciones. Llevaba más tiempo del que había estado nunca con forma humana y aún seguía allí, montado sobre el caballo, mirando al zapatero remendón mientras el mundo se sumía en el caos. Si no hubiera adoptado la forma de un hombre en esos momentos, seguramente no estaría dejándose llevar por la impotencia, por la desolación ante un espectáculo que ahora veía aterrador y desproporcionado. No eran sentimientos que debiera estar experimentando. Había visto muchas guerras e injusticias en su larga permanencia entre los humanos, pero nunca lo había sentido desde la perspectiva de ellos.

—¡Sube, por amor de Dios! —gritó el ángel a Noah.

El zapatero sostuvo en alto una de las chinelas, como enseñándosela al jinete.

—Este es mi trabajo, señor. Aquí es donde tengo que estar. No sé quién es usted ni qué quiere de mí. Puede que haya gente que sí quiera su ayuda. Yo no la necesito.

—Me llamo Ariel —dijo el ángel tirando de la brida para que el caballo dejara de caracolear—. Y estoy aquí para ayudarle. Siempre he estado con usted.

Noah volvió a escupir al suelo, esta vez con un enfado notable.

—Estará de broma... Ya veo todo lo que me ha ayudado. ¿Me ayudó cuando murió mi Emma de fiebres? ¿O cuando murieron mis dos hijos, uno en un naufragio y otro acuchillado en una pelea? He vivido muchas cosas desagradables. Por suerte, voy perdiendo la memoria.

El ángel notó como si alguien le estrangulara el cuello.

—Lo siento. No puedo intervenir en todo.

—¿Y por el contrario me quiere sacar de esta infecta ciudad montado en un caballo? Creo que usted se est...

En ese instante una llamarada rasgó la distancia que los separaba. El ángel se vio arrojado del caballo y salió volando por la explosión que había reventado el puesto del zapatero. Percibía el entorno de un modo estático, como si el tiempo se hubiera detenido o bien transcurriera todo muy despacio. El caballo se derrumbó destripándose en medio de un amasijo de piedras y madera ardiendo.

Pudo ver a Noah en el interior del puesto, gritando mientras las llamas lo devoraban.

Pero no llegó a ver más. En lo que se tarda en cerrar y abrir los ojos, el ángel se encontraba ya junto a una mujer que en unos meses daría a luz. En otro continente. A miles de kilómetros de Zichem.

Ya no era un hombre. Era simple energía que rodeaba el cuerpo de la mujer. Dentro se encontraba su nuevo protegido, un niño que no tenía siquiera nombre.

Aquella experiencia con el zapatero Noah le había dejado un malestar del que tardó en desprenderse. No quería volver a sentir esa tristeza. Debía ayudar a sus protegidos, alentarlos para que siguieran luchando, para que tuvieran ilusiones y que avanzaran en su conocimiento de sí mismos, pero nunca intervenir de una forma tan directa como había pretendido con su protegido de Zichem.

Ariel sabía también que otros ángeles custodios habían sucumbido a las pasiones humanas, habían dejado de ser mensajeros para doblegarse a esos seres en aprendizaje, a esos alumnos imperfectos y preferidos del Supremo Hacedor. Rompían las reglas impuestas, aunque sus parámetros no es que fueran muy precisos. No era una infracción constatable como pudiera serlo desobedecer a Dios y caer en las redes de Luzbel, convertirse en un ángel caído y batallar en el otro lado, en las filas del Mal para que la humanidad fracasara en su intento de alcanzar la perfección. Pero sí dejaban de prestar el servicio que se les había encomendado desde la aparición del primer hombre.

Esto sucedía porque los ángeles también tenían libre albedrío. La confianza era la clave de todo lo creado por Dios. Amaba a sus criaturas en esa confianza, en el respeto que les otorgaba al dotarlos de la libertad de elegir.

Ariel meditaba sobre todo eso, sobre su misión en la Tierra, pero no cuestionaba jamás al hombre, a los protegidos que tenía a su cargo, y mucho menos se preguntaba si alguna vez la humanidad llegaría a la perfección deseada. Él no era juez de nada, solo estaba allí como mero apoyo.

También recurría a los sueños. Se les aparecía cuando sufrían demasiado. Una breve imagen de ellos mismos, con sus atributos alados que no eran sino proyecciones de energía que los atravesaban por la espalda y les conectaban con otras dimensiones temporales y espaciales. Porque la creación de Dios era mucho más compleja de lo que pudiera imaginar el hombre.

Por ejemplo: Ariel estaba allí en aquel momento, con Billy, pero también estaba haciendo el mismo papel en otros siglos, en otros lugares. El tiempo no era algo lineal. Pero eso no quería decir que fuera omnipresente. En absoluto. Esa propiedad solo era de Dios. Y tampoco podía saber qué pensaban sus protegidos o qué iban a hacer, pero mediante la observación veía cosas que los humanos no podían siquiera predecir o sospechar.

A veces se preguntaba qué pasaría si fuera humano, qué haría en su situación. Eran seres especiales, maravillosos y admirables, aun-

que estuvieran tan lejos de la perfección. Tal vez aquello los hiciera tan hermosos. Dios confiaba en ellos, les había dado su bendición para que prosperaran, para que ascendieran en la esfera celestial con sufrimiento, con culpa, con miedo, con amor, con esperanza.

Ariel admitía el mérito de todo aquello, y cuando lograran la perfección estarían en un escalón muy por encima de todos los ángeles. Luzbel sabía esto, por eso se opuso a la creación del hombre, buscando constantemente su aniquilación.

Ariel se posó sobre el hombro de Billy.

Acababa de salir de la caravana dando un portazo mientras se escuchaban los gritos de la madre en su interior. Discutía con su pareja.

Por una de las ventanas de la caravana asomó la cabeza del novio. Se llamaba Thomas.

—¡Y si ves que no te convence, no vuelvas más! —le gritó a Billy.

—¡Tú no eres mi padre! Estás viviendo bajo nuestro techo. No tienes ningún derecho a decir eso —le espetó Billy al borde de las lágrimas.

—¡Púdrete, renacuajo! —dijo Thomas cerrando con brusquedad la ventana de guillotina.

Billy se quedó un rato escuchando la discusión que mantenían su madre y Thomas. Siempre lo mismo. Llevaban ya un año juntos y parecía algo que fuera a durar más que de costumbre. Aunque, si lo pensaba bien, se daba cuenta de que el nuevo novio de su madre llevaba con ellos muchos más años, desde que a los cinco su padre les dejara para siempre en una mala jugada del destino. Fue durante la celebración del aniversario de bodas de sus padres. A Billy le habían dejado a cargo de una canguro y ellos habían ido a disfrutar de una intimidad que hacía tiempo que no disfrutaban. Fueron a Boston, cenaron en un restaurante a la luz de las velas, asistieron a una representación del *Akhnaten* de Philip Glass en la Casa de la Ópera y pasaron la noche en un hotel. Todo había sido perfecto. A la mañana siguiente regresaron a Concord. La carretera estaba especialmente peligrosa. Había caído una ligera nevada durante la noche y se habían formado placas de hielo en el asfalto. Ella le había

rogado que pararan para que pusiera las cadenas a las ruedas del coche. Él argumentaba que con la tracción a cuatro ruedas era más que suficiente. Pero ella siguió insistiendo; no quería que el aniversario se estropeará por una imprudencia. Al final, él claudicó a sus deseos, paró en el arcén y bajó para poner las cadenas. Justo cuando había terminado de colocarlas y se disponía a subir nuevamente al vehículo, un camión patinó y se desplazó un metro hacia la derecha, saliéndose de la vía. Ella lo vio todo a cámara lenta desde el asiento de copiloto. El camión perdiendo el agarre de sus ruedas traseras, deslizándose hacia donde se encontraba su marido, con la puerta del coche abierta poco antes de entrar. Pasó por encima de él y lo arrastró por la carretera. La ambulancia tardó más de media hora en llegar, y los sanitarios solo pudieron certificar su muerte.

Entonces fue cuando la madre de Billy empezó a perder el norte. Comenzó a beber, rota por la tristeza y la soledad que sentía viéndose viuda, sin trabajo estable y a cargo de un niño pequeño. Era algo de lo que podría haberse repuesto porque era joven e inteligente, pero se había dejado llevar por la derrota y la culpabilidad. Y luego fueron llegando esos novios despreciables, tipos que conocía en bares frecuentados por solitarios. Ni uno bueno. Todos iguales, cortados por el mismo patrón, nada parecidos a su marido, que había sido un buen esposo y un padre de familia ejemplar. Era como si quisiera condenarse buscando a hombres agresivos y oportunistas. O tal vez estos la vieran una presa fácil por la fragilidad de su situación.

¿Cuántos novios había tenido desde entonces?, se preguntó Billy. No podía contarlos con los dedos de la mano. Pero recordaba a alguno. Como a aquel malnacido de Corey Crewdson, cuando Billy contaba siete años. A veces se le aparecía en sueños. Era tan real que se despertaba con el corazón desbocado. Corey trabajaba en un almacén de reciclaje por las noches, y solía llegar a casa pasado de cervezas o incluso drogado. Por culpa de su adicción a la cocaína, su madre había perdido la casa de Walden Pond, aquel paraje fabuloso en el que Henry David Thoreau había pasado dos años de austero recogimiento. Pero Billy tenía recuerdos enfrentados de Walden

Pond. Había sido su lugar de aprendizaje, rodeado de una exuberante naturaleza, del lago que reflejaba todos los colores del bosque, los lirios, los cerezos silvestres, los ranúnculos, las rosas... Su padre conocía el nombre de todas las plantas, y también le enseñaba a distinguir las aves que migraban de un lugar a otro. Sin embargo, también había sido el paisaje de escenas que quería olvidar. Donde Corey los había sometido a un terror que se le agarraba al estómago con tan solo recordarlo. Borracho era un imbécil, pero drogado sacaba toda la crueldad que llevaba dentro. Lo había sufrido en sus propias carnes, al igual que su madre. Y perdieron la casa. Desde entonces vivían en la caravana.

Por suerte, Corey Crewdson tuvo un accidente en el almacén de reciclaje. Perdió un brazo estando borracho durante su jornada laboral y no habían vuelto a tener noticias de él. Era parte del pasado, pero los novios de su madre eran un recordatorio constante de que había muchos Coreys en el mundo, y todos aparecían en su casa, con otros rostros, otras voces, pero los mismos. ¡Que se fueran al diablo todos ellos!

Billy miró su hombro. Una mariposa de vivos colores se había quedado muy quieta agarrada a su sudadera con capucha. Billy sonrió, intentó acercar la mano para que se posara sobre ella y rápidamente la mariposa emprendió el vuelo, alejándose hacia el cielo despejado y sin nubes. Hacía un día espléndido.

CAPÍTULO UNO



Samantha escuchó el despertador por tercera vez y lo volvió a apagar. Le encantaba ese momento del día, arañar minutos de un sueño que le sabía a gloria.

El sol entraba por la ventana y bañaba sus pies que asomaban por debajo de la colcha.

Se desperezó, estirando todo su cuerpo y abarcando cada extremo de la cama, y suspiró.

—¡Sami, por favor! ¿Quieres levantarte ya? —Era Brandon, su padre, llamándola desde el piso de abajo.

—¡Ya voy! ¡Estoy despierta! —gritó hundiéndose entre las sábanas.

¡Cómo le gustaría quedarse allí todo el día! Era lo que más deseaba. No hacer nada sabiendo que afuera la vida seguía su curso. Indiferente a todo. Pero ¿qué le iba a hacer? Tenía que ir a clase. Hizo un esfuerzo y saltó de la cama.

En el baño se cruzó con su hermano Steve.

—Buenos días —dijo Samantha apartándole del marco de la puerta.

—Papá nos está esperando —contestó Steve.

—Y tú siempre tan formal, hermanito.

—¡Tengo examen! Pero como a ti te da todo igual...

—Dile a papá que estaré lista en cinco minutos.

Steve miró a su hermana con una expresión de reproche antes de que esta cerrara la puerta del baño. Escuchó el ruido del agua de la ducha y bajó a la cocina.

—¿Se ha levantado? —le preguntó su padre.

—Está duchándose —dijo Steve con tono seco, y se sentó a la mesa. El desayuno era muy apetecible: huevos revueltos en una sartén, una bandeja con tostadas, mantequilla, mermelada, leche y café recién hecho.

—Tu hermana tiene sus manías, no te enfades con ella —dijo Brandon sentándose junto a Steve.

—Pero tengo examen, ¿es que nadie lo entiende en esta casa? Si quiere disfrutar apagando el despertador para que vuelva a sonar a los nueve minutos, que se lo ponga media hora antes y así no anda fastidiando a los demás. A ella le da igual llegar siempre tarde a clase, pero a mí no me da igual.

Brandon se encogió de hombros y se sirvió huevos revueltos sobre una tostada. Abrió la boca y de tres mordiscos dio buena cuenta de ella.

—Anda, ve desayunando, que tu hermana ya baja —dijo Brandon con la boca aún llena.

Samantha apareció en la cocina y se abalanzó sobre su padre para darle un beso en la mejilla.

—¿Qué tal has dormido, tesoro? —le preguntó Brandon.

—Ya sabes... Preferiría estar tirada media hora más.

Brandon se sonrió al ver la cara de enfado que ponía Steve.

—Tu hermano tiene examen, así que date un poco de prisa. Y yo debería estar camino del estudio hace un cuarto de hora, por lo menos.

—¿Has quedado con algún grupo? —preguntó Samantha poniendo mermelada en una tostada.

—Unos chavales que quieren grabar una maqueta... Suenan bastante bien. Y como buenos bostonianos, con mucha influencia de Pixies y de The Lemonheads.

—Una mezcla de punk y grunge —razonó Samantha.

—Algo así. Podría decirse que sí.

—¿Sería posible que acabarais con vuestras conversaciones matinales y nos fuéramos ya? —protestó Steve.

—Mira, si te sacaras el carné de conducir, podrías marcharte al instituto cuando quisieras —dijo Brandon echándose café en una taza.

—¿Y me comprarías un coche? ¿O iría con el tuyo? —preguntó Steve irónico.

—Sabes que no. Tienes diecisiete años. Podrías trabajar unas horas después de clase, o los fines de semana, o en verano... O también podrías coger la bicicleta. Son solo cinco kilómetros.

—Muy gracioso, papá. Soy mayor para ir a clase en bici. Y lo del trabajo ya lo he pensado. Pero no por el coche. Nunca me han atraído nada. Tengo otras prioridades.

—Quieres madurar para lo que te interesa, Steve. El coche es necesario, y más para moverse por esta zona. Y sobre esa tontería que has dicho de lo de ir a clase en bici... sin comentarios.

Steve no dijo nada. Era mejor seguir desayunando y acabar cuanto antes.

—Pues en eso has dejado muy clara tu postura, papá —intervino Samantha—. Has dicho «tontería».

—Es que lo es.

—Los chavales son muy retorcidos y por menos ya se burlan de uno —dijo Samantha—. Con dieciséis ya van presumiendo de cochazos en el aparcamiento del instituto. Es normal que Steve no quiera llegar a clase montado en bicicleta.

—Por el contrario, no se ve mal que vuestro padre os lleve en coche —dijo Brandon con sarcasmo.

—No es lo mismo —opinó Steve.

—¡Yo ya he terminado! —exclamó Samantha poniéndose en pie.

—Pero si no has tomado café.

—He tomado leche —dijo Samantha.

—Sí, por favor, vámonos ya —rogó Steve.

Brandon agarró una chaqueta de cuero y una maleta y espoleó a sus hijos para que fueran saliendo.

—Anda, conduce tú. Así le pones los dientes largos a tu hermano —le dijo Brandon a Samantha arrojándole las llaves del coche.

Samantha las agarró al vuelo y guiñó un ojo a Steve. Si por ella fuera, siempre conduciría. Le encantaba el Dodge Journey de color rojo infierno metalizado de su padre.

En cinco minutos ya se encontraban frente al Concord-Carlisle High School, un edificio de ladrillo visto y grandes cristalerías. Allí se impartían especialidades desde noveno grado a duodécimo.

Samantha estaba en el último curso de Artes Creativas, mientras que a Steve todavía le quedaba un año más para graduarse en Ciencias.

En los últimos cinco años no habían podido estar ni un curso completo en un mismo instituto, pero aquello iba a cambiar.

Brandon había sido batería de un grupo de thrash metal, y cada poco tiempo tenían que estar mudándose de un estado a otro.

Cuando su madre vivía con ellos en Phoenix, sí que habían disfrutado de cierta estabilidad. Pero se había cansado de sostener toda la estructura familiar, de ser ella la única que hubiera sacrificado su carrera artística mientras Brandon seguía con su grupo. No le encontraba sentido a aquella relación y decidió dar un giro a su vida. Antes de que se casaran había sido una pintora con cierto renombre, pero lo que ella quería era dedicarse a la enseñanza. Consiguió trabajo en una escuela de Arte en París y le comunicó a Brandon su decisión de marcharse, dejando a los chicos a su cargo.

Fue así de rápido. Y Brandon, en el fondo, entendía a su mujer. Así que intentó perjudicar lo menos posible a sus hijos evitando peleas innecesarias. Vendió la casa de Phoenix y se llevó a Samantha y a Steve con él.

Desde entonces habían estado dando saltos de un lugar a otro, siguiendo a su padre en las giras de su grupo y matriculándose cuando podían en los institutos que tuvieran cerca. Eso les había hecho madurar mucho, pero también sentían cierto desarraigo y soledad, ya que no estaban nunca el tiempo suficiente en un sitio para poder hacer amistades de su edad.

Ahora las cosas serían diferentes.

Brandon había dejado el grupo para crear un pequeño sello discográfico en Boston, a treinta kilómetros de Concord.

Aquella localidad, en el condado de Middlesex, le había gustado desde que la visitó en una de sus giras, y se enamoró de su paisaje y de su historia. Había sido el escenario en donde se inició la Guerra de la Independencia en 1775, y también habían vivido allí Emerson, Hawthorne o Thoreau. Con sus casi dieciocho mil habitantes, no se podía decir que fuera un pueblo muy grande, pero era el lugar idóneo para asentarse, para empezar a tener una vida más razonable y que sus hijos se sintieran partícipes de una comunidad.

Llevaban solo tres semanas, pero sentía que todo iba tomando el camino correcto.

—Tú eres Samantha, ¿no? —le preguntó una chica risueña al salir de clase de Tecnología de la Información. Sujetaba con fuerza una carpeta y se movía tanto que parecía llevar música en su interior.

—Sí. ¿Y tú eres...?

—Melanie. Pero me llaman Melan.

—Encantada —dijo Samantha sonriente—. A mí, Sam.

—Estamos juntas en Fotografía... ¿Sabes lo del trabajo de fin de semestre?

—Algo he oído, pero todavía no me he puesto con ello.

—¿Tienes ya pareja?

—¿Cómo que pareja? —preguntó Samantha algo confusa.

—Para el trabajo. Yo lo iba a hacer con Rachel, pero me ha dejado tirada. Resulta que se cambia de asignatura porque le gusta un chico de otra clase. ¡La muy...!

—Pues la verdad es que no sabía que había que hacer el trabajo en pareja, pero si tú quieres...

—Por eso te lo decía. ¿Te parece bien?

—Sería estupendo —dijo Samantha—. ¿Lo hablamos más tarde? Ahora tengo Diseño Visual.

—Esa yo no la tengo. Estoy en Mobiliario.

—¿Y qué tal esa asignatura?

—¡Está genial! Estudiamos decoración, diseño para hacer muebles y todo eso.

—¡Vaya! ¡Qué bien suena! Me estás dando una envidia...

—Ya te contaré más en otro momento. ¿Nos vemos en el comedor a la hora del almuerzo? —le preguntó Melanie mientras se alejaba por el pasillo—. Si estás libre.

—Ningún problema. Nos vemos allí —respondió rápidamente Samantha. Se quedó mirando a Melanie, que caminaba dando saltitos mientras esquivaba a otros estudiantes.

La cafetería empezó a llenarse y en poco tiempo todo se redujo a una algarabía de adolescentes gritando. Steve ya se había colocado en la fila para pedir el almuerzo. No estaba muy satisfecho con su examen de Biología. Había aprobado con toda seguridad, pero había perdido unos puntos fundamentales con la primera pregunta. No le daría más vueltas. Ya habría otra ocasión para mejorar la nota.

Señaló la pechuga de pollo, el puré de patatas y agarró un tetrabrik de zumo de naranja. Por lo que veía, era el único que se animaba con ese menú; la mayoría de los estudiantes preferían llevar en sus platos la consabida hamburguesa con patatas fritas de siempre.

Buscó algún sitio libre entre las mesas redondas y se sentó. Todavía no había hecho amigos. Sí había hablado con algún chico para preguntarle sobre las asignaturas o, incluso ese mismo día, cuando comentó las respuestas del examen en un corrillo que se formó al terminar el ejercicio.

Tampoco se agobiaba por esas cosas. Se lo tomaba con paciencia. Había estado en muchos institutos y sabía que, por lo general, los grupos de amigos ya estaban bastante formados y era difícil meterse en uno tratándose de un alumno recién llegado. De momento iba familiarizándose con las caras y siempre que saludaba le devolvían el saludo. En cuanto se acostumbraran a verle, tendría oportunidades de relacionarse con más confianza.

Cuando terminó de comer, se quedó sorbiendo de la pajita del tetrabrik y mirando a su alrededor. Enfrente se habían sentado dos

chicas de su edad. Hablaban de una fiesta que iba a hacer alguien. De vez en cuando se callaban y le miraban con curiosidad, y Steve apartaba la mirada dirigiéndola hacia su plato vacío.

La silla que tenía a su lado se movió hacia atrás y se sentó Kevin Benavides. Coincidía con él en las asignaturas troncales.

—Parece que te ha ido bien con el examen —dijo buscando la parte más sobresaliente de su hamburguesa para darle el primer bocado.

—Supongo que aprobaré con buena nota, pero no he hecho el examen que me hubiera gustado hacer. Me fastidió un poco la primera pregunta, la de taxonomía. Esa parte se impartió cuando yo todavía no había llegado al instituto. Habré puesto una barbaridad.

—Ah, sí... la nomenclatura binomial de Carolus Linnaeus —dijo Kevin—. Creo que lo dimos hace como un mes.

—Pues en los apuntes que me pasaron no había nada de eso.

—¿Quién te los pasó?

—Pfff... Una chica que lleva los pelos de Amy Winehouse.

—¡Ja, ja, ja! —rio Kevin golpeando la mesa—. Te refieres a Becca. Pues menudo ojo para pedir los apuntes.

—Lo sé. Me di cuenta tarde. Pero vi más o menos lo que habíais dado y me guie por el libro y apuntes que tenía de otros institutos. Lo que no pensé es que esa Becca se hubiera saltado temario.

—Está en su mundo y no presta mucha atención en clase —dijo Kevin—. ¿Has dicho «otros institutos»?

—Quise decir mi anterior instituto este curso. He estado en tantos sitios que no podría ni enumerarlos.

—Entonces estarás poco tiempo en Concord...

—¡No, no! —contestó Steve al instante—. Hemos venido aquí para quedarnos.

—Me alegro —dijo Kevin limpiándose la boca con una servilleta—. ¿Tu padre es militar?

—¿Militar? ¿Por qué?

—Si te has mudado tanto...

—Bueno... No fue por eso. Mi padre era batería de un grupo, y teníamos que ir con él a donde fuera.

—¡Hostias! ¿En serio? ¿Y ya no toca?

—Lo dejó. Por eso hemos venido aquí.

—¿Y cómo se llamaba el grupo? Estará en Youtube...

—Sí, hay canciones colgadas. Se llamaba Iron Horse on the Road. Hacían thrash metal.

—¡Qué pasada! —exclamó Kevin emocionado—. Y el nombre del grupo mola.

—Es que eran unos flipados de la Generación Beat. El nombre viene de un poema de Ginsberg y de una novela de Kerouac.

—La novela que dices sí la leí para una asignatura de Literatura, pero el poema no me suena —dijo Kevin pensativo—. Pues te tengo que decir algo... Yo también tengo un grupo.

—¿En serio? —preguntó Steve sorprendido.

—Bueno, llevamos poco tiempo. Yo toco el bajo, o lo intento. Nos hemos juntado unos amigos y en eso andamos. No me preguntes el nombre de nuestro grupo porque todavía lo estamos discutiendo. Somos una mezcla rara. Como vocalista tenemos a Gabriela Zanetti, de batería a Paul Adamowski, en el teclado está Jimmy Wang y luego estoy yo con el bajo. Es algo muy multicultural, como puedes ver. Yo pongo la nota hispana. Nací en Detroit, pero mis padres son de Monterrey, en México.

—Pues tiene muy buena pinta —dijo Steve sonriente—. Me gustaría veros tocar.

—Cuando quieras. Nos viene bien tener público para ir soltándonos, y más tú, que seguro que tienes experiencia.

—No te creas.

Kevin golpeó a Steve con el codo.

—Ahí va Ginger. —Hizo un movimiento de cabeza en dirección a un chico pelirrojo—. Menudo capullo.

Steve se volvió y miró a Billy justo en el momento en que este buscaba sitio para sentarse. Sus miradas se cruzaron. Steve se enderezó y se puso a mover el tetrabrik vacío.

—Ya me han hablado de él. Es algo broncas, ¿no?

—La lía en cuanto tiene oportunidad. Le han expulsado varias veces del instituto, pero nunca de manera definitiva. Aquí todo el

mundo le odia. Y le llamamos Ginger por su pelo... Del color del jengibre o la zanahoria, ¿sabes? —dijo Kevin, y aclaró—: Que conste que no tengo nada en contra de los pelirrojos. Pero descubrimos que le molesta. Bueno... lo descubrió un chaval. Y el pobre acabó con los ojos morados, y eso que estaba en el equipo de lucha libre. Desde entonces muchos de nosotros nos dedicamos a pintar zanahorias con la palabra «Ginger» debajo —dijo tapándose la boca para evitar reírse.

—Bueno, supongo que se lo ha ganado a pulso.

—O más bien a puñetazos. Una vez un amigo le vio una tarde tapando con un espray todas las pintadas. ¡Qué risa cuando nos lo contó!

Las chicas que estaban sentadas enfrente se levantaron, llevándose sus platos vacíos. El sitio libre no duró ni un segundo porque rápidamente fue ocupado por Billy.

Kevin dirigió a Steve una mueca de sorpresa.

Billy sostenía una hamburguesa con las manos y miraba por encima a los dos muchachos.

—¿Y tú por qué me mirabas? —preguntó enfocando su atención en Steve.

—¿Cómo? —contestó buscando en su mente algo sensato que decir.

—Sí. No te hagas el tonto ahora. Os he visto cuchichear mientras me mirabais. El frijolero y tú.

Kevin esquivó su mirada y se rascó la cabeza poniendo un gesto de contrariedad.

—Creo que te equivocas, Billy —dijo Kevin sin mirarle.

—Yo creo que no —repuso Billy dejando la hamburguesa en el plato—. Tú eres nuevo, ¿no? —le dijo a Steve.

—Sí... Llevo unas semanas.

—¿Y todavía no sabes nada de mí? ¿O ya te han puesto al corriente los *geeks*?

—Pues nadie me ha hablado de ti, la verdad —respondió Steve algo nervioso. Levantó la mano y se la tendió por encima de la mesa—. Me llamo Steve.

Billy volvió a agarrar la hamburguesa y se puso a comerla. Steve retiró la mano despacio, incómodo.

—Pues ya me irás conociendo, *Steve* —dijo Billy pronunciando el nombre de manera amenazante.

—Tengo clase —intervino Kevin poniéndose en pie—. ¿Nos vamos, *Steve*?

—Sí, mejor será que os larguéis. Y a ti, ya te veré, *Steve*.

Recogieron la mesa y se alejaron de allí. A Steve le temblaban las piernas. No le gustaban nada aquellas situaciones. No era la mejor forma de empezar su nueva vida que prometía ser estable después de los años vividos acompañando a su padre por los distintos estados del país. Ya era mala suerte haberse topado con el tío más problemático del instituto.

Cuando salía, se tropezó con su hermana.

—¡Steve! ¿Qué tal el examen? —preguntó Samantha.

—Bien y mal. Ya te contaré.

—Llegaste a tiempo, ¿no?

—Sí, claro.

—Eres un impaciente —le recriminó su hermana.

Steve sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Si quieres, quedamos a la salida y volvemos a casa juntos —le dijo Samantha.

—Ve tú sola. Yo no sé qué haré.

—¿Por dónde vivís? —preguntó Kevin.

—Cerca de Macones Pond. Solemos volver andando... Te presento a Kevin, Sami. Ella es mi hermana, Samantha.

—Hola —dijo Kevin haciendo un saludo en el aire con la mano—. Entonces tienes que subir por Lowell Road... ¿Y no os viene mejor tomar el transporte escolar?

—Nos deja a medio trayecto. Andando son cuarenta minutos. Si sumas el tiempo que pierdes mientras esperas a que el autobús se llene, las vueltas que da y luego que nos deja lejos de nuestra casa, la verdad es que no compensa.

—Totalmente cierto —dijo Samantha—. Ahora hace buen tiempo. Cuando haga malo, pues entonces sí, iremos en autobús.

—Yo vivo en Keyes Road. Podemos ir juntos y te haces medio camino conmigo, Steve.

Steve aceptó la propuesta de Kevin y se despidió de él y de su hermana. Aunque aquel breve encuentro con Samantha le había servido para olvidarse de las palabras amenazadoras de Billy, pronto volvió a revivir lo sucedido en la cafetería y el malestar le acompañó durante el resto del día.